JOSE ASUNCION SILVA

por EDUARDO MENDOZA VARELA

La explicación de un movimiento histórico, —literario, político, científico—, según el paso marcado por las distintas generaciones, es procedimiento de prácticos resultados. Pero ocurre frecuentemente que cuantos forman, por mandato del tiempo, en una misma columna, lejos de mostrarse uniformados en cierto modo por ese aire vago, pero certero, que es el espíritu de cada época, se manifiestan en sensible disonancia. Ejemplo cumplido de esta aseveración es la promoción literaria que floreció hacia el año 90. Y modelo, precisamente, por su temperamento de fuerte individualidad, José Asunción Silva, que irrumpe por entonces con una modalidad desconcertante no sólo para aquellos que le precedieron y que ya empezaban a instalarse en conspicuas posiciones, sino para los mismos de su generación que veían, de tarde en tarde sus primeros poemas, en cuya publicación fue desmedidamente avaro.

Siempre he imaginado a Silva caminando solitario por las calles nocturnas del Bogotá de 1890, silencioso y lento, envuelto en su elegante gabán inglés y golpeando con la fina vara de caoba, las veredas enlosadas de menudos guijos y piedras de canto. Los ojos soñadores bajo el ala del sombrero de copa, y sobre el lazo de seda oscura reclinada la barba nazarena.

Porque como en ningún otro poeta en su vida confluyen de manera admirable los dones del espíritu y del cuerpo. Existe en Silva una tan íntima relación entre su vida espiritual, los frutos de su inteligencia y la noble estampa de su físico austero que se piensa, al ver los viejos grabados que nos lo muestran en su plena juventud, en un misterioso laborar de la naturaleza, que fuese lentamente refundiendo el espíritu al físico y que le fuese llenando de significaciones y símbolos exteriores. Parece en cierta manera

que el espíritu del poeta prestase esencias características al cuerpo, desmintiendo en alguna forma la teoría wildeana de la belleza que claudica donde domina cualquiera expresión del intelecto.

Y es que en el caso de Silva, como en ningún otro artista de su tiempo, se compenetran tánto con el poeta todos los atributos de la belleza. Cualquiera manifestación estética no solamente producía en él la sensación espiritual inherente, sino que le hacía volverse a su vida, compenetrarse con ella, asimilarla y realizarla en su misma persona. Tenía de la belleza el concepto doble, si ello es posible, del placer estético como fuerza exterior y de su utilidad y aplicación en nuestra propia naturaleza. Y así la emoción estética una vez experimentada, laborada lentamente en su vida interior para enriquecer y acendrar más su vida, como en un laboratorio donde depuraba su materia emocional y hacía los más extraños y exquisitos experimentos.

Creo que de esta suerte, una vida interior en tal manera desarrollada, se manifiesta frecuentemente en determinados hechos puramente físicos, como acontece con aquella discreta sonrisa que no delata ni el regocijo ni el dolor y con aquella palidez que así nos habla de la enfermedad como de los más seguros dones de la aristocracia congénita.

Nacido en un hogar fino y discreto, rodeado de un ambiente donde se respiraba una atmósfera de exquisitez y gracia, Silva asimiló desde entonces, por ancestro y educación, aquella tónica de buen gusto que rigió su mocedad y su breve madurez. El mismo, en muchos de sus poemas, no puede prescindir de regresar a aquel ámbito depurado de la infancia y a través de sus mejores versos transita su recuerdo. No obstante, y en ello radica su mayor fuerza, parece que Silva no disfrutó de la niñez en toda su plenitud. En realidad, más que en la experiencia, Silva aprehendió el escenario de la infancia de posteriores referencias y de lecturas de libros infantiles. Porque Silva creció en un medio donde las preocupaciones literarias y las preocupaciones comerciales no daban mucho campo a las expansiones comunes de los niños. Don Ricardo, su padre, destacado comerciante de la capital, quizá influyó notablemente sobre su hijo por el aspecto literario en el sentido del estímulo que pudo ofrecer terreno propicio al germen que en el niño alentaba. Su casa era frecuentada por poetas, políticos, periodistas y escritores *costumbristas*, género que por aquel entonces hacía furor y del cual su padre era propulsor asiduo. Fue por este aspecto su niñez una niñez recogida, apacible. Quizá, hasta cierto modo, por voluntad propia era inclinado

al silencio, y acaso huía temeroso de los juegos violentos de los otros muchachos. A veces se me antoja semejante a aquel meditativo Stephen Dedalus, complejo trasunto de Joyce, que esquivaba los deportes y que simulaba jugar despreocupadamente cuando los mayores le obligaban a ello.

He dicho que este mismo desconocimiento de la plenitud de la vida infantil contribuyó a poner una nota más honda y sentimental en las evocaciones que de la niñez hace el poeta. Y es muy natural. Hay una nota oculta, que subraya todos los poemas y que nos lo muestran sobre un plano difuso y nostálgico. El poeta mantiene en todos sus poemas un colorido general y perdurable, que no solamente da plasticidad y peculiar sentimiento al hecho descrito, sino que parece prolongarse hacia el futuro de las cosas, a la vez que tiene una fuerza retroactiva que le hace, en manera singular, perdurable y eternamente actual.

Pero si sus poemas son característicamente personales, en el sentido que nos dan a conocer la índole de su espíritu, la naturaleza de sus sentimientos y las fluctuaciones de su vida interior, aquellos que solamente han sido inspirados por sentimientos imaginativos como *Vejeces, Infancia, Los Maderos de San Juan* y *Crepúsculo*, son los más característicos por esta tónica de honda nostalgia que lo subraya. Porque es más profundo, más dolido el sentir de una evocación que pudo ser apenas, que no se realizó, que sólo tuvo su plenitud en la imaginación del poeta. Todos estos poemas podrían formar el primer grupo de su obra, no por el orden cronológico de su creación, sino por el sentimiento y el afán retrospectivo que les informa.

Hay unos pocos poemas de Silva —tres o cuatro— que son, en realidad, el eje sobre el cual se mueve toda su obra y su vida poética. Me refiero principalmente a los Nocturnos II y III, *Una noche* y *Poeta, dí paso*. En ellos se realiza el poeta en su más gallardo y depurado sentido. Confluyen en ellos todas las cualidades del artista, y un sentimiento de misterio les impregna de una cualidad más que nos los hace penetrar y nos sitúan con su lectura en una región vaga y extraordinariamente extraña, mezcla de sensualidad y ascetismo, de misticismo religioso y de pasión mundana. El poeta ha experimentado la tragedia, ha vivido la muerte o el amor. El temor ante la realidad le impulsa a abstraerle en el poema: la fascinación o el miedo lo llevan a fundirse con su objeto. "En el amor no sólo interviene el instinto que nos impulsa a sobrevivir o a reproducirnos, dice el poeta Octavio Paz, sino que el instinto de la muerte, verdadero instinto de perdición,

fuerza de gravedad del alma, también es parte de su contradictoria naturaleza". En él alienta el arrobo callado, el vértigo, la atracción del abismo, el deseo de caer infinitamente y sin reposo. En el amor la pareja intenta otra vez participar de ese estado en el que la muerte y la vida, la necesidad y la satisfacción, el sueño y el acto, la palabra y la imagen, el tiempo y el espacio, el fruto y el labio, se confunden en una sola realidad. Los amantes descienden hacia estados cada vez más antiguos y desnudos; rescatan la pequeña semilla, la brizna soñolienta que vive en cada uno de nosotros, y tienen la conciencia de la fuerza universal que anima el mundo y de la inercia en que culmina el vértigo de esa fuerza. He ahí la esencia que el poeta puso en cada verso de sus Nocturnos. Porque ante el estremecimiento de la realidad, la poesía mueve al poeta como el viento lleva el germen de las más lejanas flores a los más remotos jardines.

Esta aseveración en torno a la popularidad de Silva en concordancia con sus Nocturnos, es universalmente admitida. Por otra parte, la legítima gloria del poeta se ha edificado en razón de estas dos obras. Todo lo que resta de sus escritos, buenos o malos, es seguramente ignorado por millares de gentes que sin cesar hablan del poeta y le ensalzan. Y tan grande es la popularidad del segundo de los Nocturnos, que ha dado nacimiento a miles de leyendas, algunas de ellas realmente absurdas, pero que no obstante han sido acogidas por los lectores sin escrúpulo alguno. Una de ellas aún subsiste como versión verídica a pesar de toda la literatura fácil que en torno de esta cuestión se ha arrumbado.

Gotas amargas, serie de estrofas irónicas, de pequeños poemas cáusticos, pueden formar un tercer grupo en la creación del poeta. El mismo Silva parece que nunca tuvo intención de publicarlos y que solamente los había escrito para un reducido grupo de sus amigos. No obstante la primera impresión que pueda causar su lectura, lo cierto es que Silva mantuvo siempre una actitud más o menos indiferente respecto a los problemas morales. La acerba ironía que destilan estos versos, en cuestiones religiosas o morales, antes que delatarnos una honda preocupación, nos enseñan una sonrisa de indiferencia o buen humor. Hay en ellos no una preocupación sino una curiosa manifestación de su inteligencia. Una preocupación desposeída de cualquier hondo contenido dogmático. Es verdad que Silva fue, al parecer, un angustiado intelectual. Demasiado temprano abandonó sus estudios y parece dolerse a veces de su deficiencia en ciertos conocimientos. Pero

existe por otra parte un afán continuo por informarse en conversaciones y lecturas y en su viaje a Europa, en 1884, busca afanosamente el contacto de todos los campos del arte y la ciencia; naturalismo y realismo, impresionismo en artes plásticas, Taine y Renán, Baudelaire, Mallarmé y Verlaine.

La indiferencia cruel y la solución humorística que da muchas veces en estos versos, nos denuncia claramente su poca preocupación por estos asuntos. A pesar de tratarse de poemas menores, nunca he podido ocultar mi admiración y un hondo estremecimiento con la lectura de algunos de ellos. Su estética no es, ciertamente, una anormalidad del gusto. La sutil crueldad, o si lo decimos con la resolución que hace falta, el desprecio que tuvo para lo que su satisfacción sacrificaba, tanto en un caso como en otro lo llevaron a juzgar de la misma manera que el hombre, como unidad aislada del conglomerado social, carece por sí mismo de importancia: así, pues, no vaciló en victimarlo en estos poemas tan rigurosos como implacables. Aunque en estas *Gotas amargas* sus aciertos son intermitentes y relampagueantes como las chispas de piedras que no cesan de retornar a su sombra mineral, fría e incombustible. La distancia entre el tema de estos poemas y la rareza de la gloria que de ellos se puebla de angustias, no podría caber sino en una gran serenidad, que está muy lejos de ser una insensibilidad o una ausencia de sentimiento, y se dignifica con la actitud misma de su vida estética y con la sabia serenidad que puso fin a ella.

Nunca me he explicado cabalmente la ubicación que se asigna a Silva dentro de las escuelas literarias. Su mismo sentido revolucionario parece llevarle a explorar en diversos campos, siendo un romántico a su manera, peculiar y sui géneris, si es posible decirlo, que bebió en la confluencia del romanticismo y del simbolismo y que abrió el paso a la escuela modernista en Colombia. Mucho se ha hablado de la influencia becqueriana en Silva, es decir, de la más depurada esencia del romanticismo. Pero esta influencia ya implicaba por sí misma una sutil anticipación del modernismo, porque Bécquer a su manera fue el precursor de las escuelas modernas. Pero su influencia es tan fina, tan noblemente asimilada, que prestó al poeta bogotano apenas un discreto plano de acción, donde se expande, propio y seguro, su extraordinario temperamento. Así como pueden señalarse otras influencias —Poe, Baudelaire, etc— que remotísima, las más de las veces, no hicieron sustentar el timbre de su sentido poético tan autóctono y personal.

Silva no debe ser juzgado sino solamente amado, como pedía Remy de Gourmont que lo fuese Eprahim Mikhael. A su corta vida maravillosa, sin nada excepcional es cierto, sin ninguna estridencia que la haga notoria en su ritmo acompasado aunque estremecido, se allegan en manera singular y nobilísima los mejores atributos del hombre clásico: la diáfana permanencia del intelecto, la más depurada sensibilidad y los más seguros dones de un físico varonil y austero. Por eso siempre he juzgado inútil toda la literatura que se ha arrumbado en torno a su determinación final. Si la muerte por voluntad propia del hombre común, supone una imponderable y compleja gestación psicológica, me parece absurdo dar soluciones *a priori* a los móviles que concurren en un hombre de la arrogancia espiritual de Silva. Sobre su muerte acaecida hace cincuenta años —el 24 de mayo de 1896— me parece que no se deben discutir determinantes, aunque innocuos, sino revivir su memoria, simplemente, sin plantear situaciones analíticas, como símbolo altísimo de la más perdurable poesía castellana.